

Leyendas
y Narraciones
Japonesas. No. 8.
SIPPEITARÓ



製複許不有所權版
Es propiedad. Derechos reservados.
Publicado e impreso por
T. Hasegawa,
Tokyo.

大正三年五月八日印刷
同年同月十四日發行

西文日本音新第三輯八

竹篁太郎

綴譯者

エスパダ

東京市下谷區
上根岸町十七番地
發行者

長谷川武次郎

同市同區同町百七番地
印刷者

金子徳次郎



Sippeitaró.

HACE muchos, muchos años,
allá por los tiempos en que
había hadas, gigantes, ogros, dra-
gones, caballeros andantes y don-
cellas menesterosas, un guerrero
joven salió á buscar sus aventuras
por el ancho mundo.

Días fueron y días vinieron sin
que encontrase aventura digna de
tal nombre; pero una tarde, des-
pués de atravesar un bosque espe-
so, se halló, á punto de anoche-
cer, al pie de una montaña de



大竹
明籠
神太郎



aspecto agreste y solitario. La vista no descubría ni aldea, ni casas, ni siquiera una de esas chozas de carboneros, tan frecuentes en las lindes de los bosques. Había seguido un sendero tan cubierto de hierba, que no tardó en perderlo: sus esfuerzos para orientarse no tuvieron más resultado que enmarañarle más y más en las altas hierbas que le rodeaban. Era ya la noche cerrada cuando, fatigado y desmayando casi, llegó

á un pequeño templo, abandonado y ruinoso, pero que aún conservaba un altar. Algo era para resguardarse del fresco rocío: decidió, pues, nuestro aventurero, pasar allí la noche. Comida no tenía; pero, envuelto en su capa y con la espada cerca, no tardó en quedar profundamente dormido.

A eso de la media noche le despertó un ruido temeroso. Al principio creyó soñar: pero no, el ruido seguía; los ecos repetían llamadas y gritos siniestros. El valeroso joven se levantó cautelosamente, empuñó su espada y mi-



ró por un
boquete de la
ruinosa pared.
Lo que vió era horroroso.
Un tropel de repugnantes gatos
bailaba una horrible danza
salvaje,



y sus maullidos resonaban, repe-

tidos por el eco, en el silencio de
la noche muerta. Cuando el oído
del joven se hubo habi-
tuado á aquellos
gritos, pudo



distinguir lo
que decían:

“¡No digáis nada á Sippeitaró;

guardad el secreto; no digáis nada á Sippeitaró!”

Un suave claro de luna vino á iluminar la extraña escena que el joven guerrero contemplaba con mezcla de asombro y horror.

De súbito, apenas pasada la hora de media noche, los gatos se desvanecieron, y todo volvió á caer en denso silencio. El resto de la noche pasó tranquilamente, y nuestro joven durmió hasta la mañana. El sol estaba ya bien alto sobre el horizonte cuando el guerrero despertó y se preparó á dejar aquellos lugares, teatro de

su extraña aventura.

La clara luz de la mañana le permitió encontrar un sendero que el crepúsculo de la tarde le había ocultado, y que, según vió satisfecho, le conducía en dirección opuesta á la del bosque de donde había salido, es decir, hacia una extensa llanura. Divisó una ó dos casas de campo y, algo más lejos, una aldea. Aguijoneado por el hambre dirigióse presuroso á aquella aldea, cuando oyó algo semejante á las quejas y lamentos de una anciana. No bien los hubo oído cuando, dando al olvido su



hambre,
corrió á
la casa
más pró-
xima para
ver qué era
aquello y si

podía prestar algún servicio.

Los ocupantes de la casa, res-
pondiendo á sus preguntas,
le dijeron, desolados y
con los ojos bañados
en llanto, que todo
socorro era inútil.

“Cada año,”
dijeron,



“el espíritu de la montaña exige
una víctima. Ha llegado la hora:
esta noche misma devorará á
nuestra hija, que es nuestro en-
canto. Hé aquí el porqué de nues-
tros lamentos.” Y cuando el joven

guerrero, lleno de asombro, les pi-

dió detalles, le explicaron que á la puesta del sol encerrarían á la víctima en una especie de jaula, la llevarían al templo ruinoso (precisamente aquél en que él había pasado la noche) y la dejarían allí sola. A la mañana ya habría desaparecido: así ocurrió todos los años, y así ocurriría este; era una calamidad fatal, sin remedio.

A la par que oía, el joven iba sintiendo vivísimos deseos de salvar á la muchacha. Cuando oyó nombrar el templo, le vino á la memoria su aventura, y entonces se le ocurrió preguntar á sus nue-

vos amigos si conocían el nombre de Sippeitaró, y quién era le tal.

“Sippeitaró,” le explicaron, “es un hermoso y bravo perro; pertenece al primer servidor de nuestro Príncipe, que vive á no larga distancia de aquí. Muchas veces vemos á este perro



acompañando á su amo: es un animal noble y bello.”

El joven no se anduvo en más preguntas, y marchó presuroso á casa del dueño de Sippeitaró, para pedirle que le prestase su perro por una noche.

De primera intención el dueño se negó; pero, apremiado por el joven, cedió al fin, á condición de que le fuera devuelto por la mañana, sin falta. El guerrero, lleno de alborozo, se llevó el perro.

Enseguida fué á ver á los padres de la infortunada muchacha y les dijo que la tuvieran en

casa, vigilándola cuidadosamente, hasta que él volviera. Entonces metió al perro Sippeitaró en la jaula destinada á la niña, y ayu-





dado por
algunas
buenas
gentes, lo
llevó al
templo
ruinoso.

No quisieron los acompañantes
permanecer ni un momento en
aquel lugar embrujado, y salieron
corriendo, casi rodando,
montaña abajo, como
alma que lleva el
diablo.



El joven guerrero sin más com-
pañía que el perro, quedóse espe-
rando los acontecimientos.

A media noche, cuando la luna
llena brillaba en lo más alto del
firmamento, derramando su luz
por la montaña, héte á los gatos
fantasmas



que vuelven. Esta vez se veía
entre ellos un horroroso gato ne-
gro, más terrible que sus acompa-
ñantes: no costó gran trabajo á
nuestro guerrero reconocer en él
el genio maléfico de la montaña.
Apenas hubo visto el monstruo la



jaula en
que suponía

encerrada su víctima, se puso á bailar y á saltar á su alrededor, lanzando maullidos feroces de triunfo y alegría, que eran coreados por sus compañeros. Por fin abrió la puerta de la jaula y se preparó á devorar su víctima.

Pero no contaba con la huésped. El valiente Sippeitaró se lanzó sobre él y haciendo presa con los dientes le sostuvo en tierra hasta que el joven guerrero, de un solo tajo, lo tendió muerto á sus pies. Los demás gatos, espantados, no pensaron en huir, y el caballero, ayudado por Sippeitaró,

dió buena cuenta de ellos.

El joven guerrero devolvió el perro á su dueño, con las más efusivas gracias; después fué á anunciar á los padres de la muchacha que su hija estaba salvada, y á los habitantes de la aldea que el monstruo había muerto y que no les volvería á atormentar más.

“Todo esto,” añadió, “se lo debéis al valiente y noble Sippeitaró.” Y dándoles un último adiós, partió en busca de nuevas aventuras.

~~~~~  
*Traducción de Gonzalo J. de la Espada.*

